

ración amistosa, provisional e involuntaria en apariencia, con la condesa; ésta, efectivamente, no podía abandonar a sus tiernos hijos ni llevarlos consigo en todas las diligencias ni por todos los hoteles de Europa. La madre de Liszt seguía viviendo en París y con ella envió Franz a la condesa y a sus hijos mientras que él tomaba, en Noviembre de 1839, el camino de Viena.

Fué la primera etapa de una excursión cuyo objeto era recoger los cincuenta o sesenta mil francos que podría costar la erección de un monumento a Beethoven en una plaza pública de Bonn, su ciudad natal. La suscripción pública que se había iniciado a tal fin, no había llegado a quinientos francos, y Liszt se ofreció a completar la suma siempre que la ejecución del monumento quedase confiada al escultor Bartolini. No dejó de hallar en Viena, en seis *matinéés* que dió del 18 de Noviembre al 4 de Diciembre de 1839, el mismo éxito que en el año anterior. Pero esta vez sí que pudo realizar su propósito de hacer un viaje a Hungría, en donde fué recibido como un dios.

— Efectivamente: en Presburgo, el 21 de Diciembre, se le recibió en medio de una manifestación popular, y saliendo una comisión de la Dieta a recibirle a las puertas de la ciudad. En Pesth se alojó en casa de su amigo el conde León Festetics; después de sus dos conciertos (27 y 29 de Diciembre) la nobleza le ofreció un banquete en donde pronunció un brindis «francés por la lengua, pero húngaro por el corazón». Cinco conciertos de beneficencia que dió en la capital magyar en los días 2, 4, 8, 9 y 14 de Enero de 1840 a favor de diversas obras o fundaciones pías, elevaron al mayor grado el entusiasmo de sus compatriotas; luego del concierto del 4 de Enero a beneficio de la construcción de un teatro nacional, el ayun-

tamiento, en medio de aclamaciones sin número y de «viva Liszt!» gritados por mil bocas, le entregó un sable de honor y el diploma de ciudadano honorario de Pesth. Al siguiente día, cuando terminó su último concierto, le bendecían y le besaban las manos. Más conmovedor fué todavía, luego de algunos conciertos de beneficencia dados en Edenburgo, el regreso a la ciudad natal, Reading, en donde según la predicción que en su niñez le hiciera una gitana, volvió «en una carroza acristalada.» Esperado a la mitad del camino por una escolta de caballeros, fué recibido por las autoridades municipales y eclesiásticas, visitó la casita de su padre, oró de rodillas en la iglesia en donde rezase sus primeras plegarias, entregó dinero para que comprasen un órgano, dió también dinero para los pobres, se bebió, se bailó en su honor. El entusiasmo se encontraba aquí atemperado por un afectuoso orgullo y por una conmovedora intimidad.

Aquella momentánea vuelta a su patria que le aclamaba como a un héroe nacional, debía ser para Liszt un recuerdo inolvidable, haciendo que renaciese su amor por la música de los gitanos húngaros, música que trajo en seguida en sus *Melodías nacionales húngaras*, en su *Marcha de Rackoczy* y en la *Marcha heroica*, la que más tarde convertirá en el poema sinfónico *Hungaria*. Y también, cualquiera que sea el año en que las puso en limpio, bien pueden fecharse en aquella época la serie de *Rapsodias húngaras*. Sin embargo, algunas sombras vinieron a apagar un tanto el cuadro; en un país como éste, en donde la lucha política es una lucha de nacionalidades y de idiomas, las aclamaciones de los magyares hacían sospechoso a Liszt a los ojos de ciertos alemanes; en cambio, sus relaciones con los alemanes de Viena



despertaban la suspicacia de ciertos magyares. Por último, el célebre sable de honor le valió sarcasmos penosos del extranjero: la *Revue des Deux Mondes* se burló de ello, y Liszt replicó a Buloz¹ en una carta un tanto molestado diciendo que el sable representaba en Hungría un carácter viril y nacional pero no forzosamente belicoso. Desde entonces el sable de honor figuró en todas las caricaturas y bromas contra Liszt como accesorio indispensable. Hasta se compusieron versos como los siguientes, que aparecían al pie de una de dichas caricaturas:

*Parmi tous les guerriers, Litz (sic) seul est sans reproche,
Car malgré son grand sabre on sait que ce héros
N' a vaincu que des doubles croches
Et tué que des pianos².*

Desde Viena marchó Listz a Praga, a Dresde y a Leipzig. Su estancia en esta última ciudad sólo le produjo satisfacciones mitigadas; la ruidosa recepción de Hungría previno en contra suya a un público que, para colmo de desdichas, había sido contrariado en virtud de la suspensión del concierto a causa de una indisposición del artista. En su primer concierto, el 17 de Mayo, fué acogido Liszt con silbidos, y en seguida denigrado por una prensa a la cual había dado bien pocos billetes de favor. En el segundo concierto tan sólo la ejecución irresistible del *Concertstück*, de Weber, pudo hacer que

1 Francisco Buloz, publicista francés (1803-1877) que dió gran empuje a la *Revista de Ambos Mundos*, arriba mencionada, de la que fué director.—N. DEL T.

2 Entre todos los guerreros, Litz (así) solo está sin reproche, —Porque, a pesar de su gran sable, sabido es que este héroe—No ha vencido más que semicorcheas, —Ni ha matado más que pianos.

la victoria se decidiese por él. Allí encontró Liszt a jóvenes artistas, de quienes admiraba el genio o el talento, tales Mendelssohn, Schumann e Hiller. A Mendelssohn y a Hiller los conocía ya desde que estuvieron en París (1831-1832); cuanto a Schumann, merced a su infalible adivinación de Liszt y a la generosidad de su inteligencia, se había entusiasmado con él en cuanto hubo conocido sus composiciones, y así, en 1837 ya lo había señalado al público francés en un hermoso artículo publicado en la *Gazette musicale de Paris*¹. El *Carnaval* y las *Fantasiestücke* le habían «interesado extraordinariamente» —le escribía a Schumann en Mayo de 1838— y a su hija Blandina que tenía tres años, le ejecutaba al piano varias veces durante la semana las *Escenas de niños*². Alegrábase, pues, de poder al fin conocer personalmente a un artista tan querido. Pero es preciso decir que si Liszt halló en Schumann, Mendelssohn e Hiller ciertamente mucha admiración, también encontró menos simpatía que la que sentía él por ellos. Fácilmente se pueden distinguir las razones artísticas y las privadas que produjeron esta casi mala inteligencia: Schumann (con su novia Clara Wieck), Mendelssohn e Hiller, formaban un pequeño cenáculo en donde el amor puro y apasionado por la música conservaba una intimidad un poco estrecha y provinciana: en Roberto Schumann hay siempre un fondo de poesía burguesa alemana, incluso cuando rompe lanzas contra los «filisteos». Y era, por parte de Mendelssohn, una elegante sinceridad y un gran tacto, el convertir a aquella sensibilidad discreta al rico heredero de la banca judía que subsistía en él.

1 Número de 12 Noviembre 1837. Págs. 488 y siguientes.

2 *Escritos*, de Liszt. (5 Junio 1839), t. I, págs. 26-27.

Liszt era para ellos «el hombre del sable»; aquel virtuoso con botas de guerrero turbó la calma del cenáculo merced al ruido de éxitos y de aventuras de los cuales parecía cubierto como si fuesen mil prismas de cristal. Los amigos de Schumann mostraron interés por las composiciones de Liszt. Clara Wieck pasaba entonces por ser la primera pianista de Alemania, y Schumann no cesaba de pensar en ella cuando escuchaba a Liszt; dice así: «Nunca he oído tocar de una manera tan atrevida, tan libre de trabas... Pero te digo, Clara, que ese género no es el mío; yo no cambiaría el arte que tu practicas, el arte de que yo me sirvo para componer, tu dulce sencillez, por todo el esplendor de su ejecución en la cual distingo un poco de oropel¹.» Y al día siguiente insiste: «Es verdaderamente extraordinario... pero no lo tomes como modelo, Clara Wieck mía, y continúa siendo tal como eres².»

Durante un año no hizo Liszt otra cosa que recorrer los caminos; luego de un mes pasado en París y señalado por dos conciertos privados en la Sala Erard, estuvo en Londres desde Mayo hasta mediados de Junio, recorrió luego las ciudades de los países del Rin, volvió a Inglaterra, cruzó el mar del Norte para tocar en Hamburgo, volvió en seguida a Inglaterra y a Escocia, pasó a Bélgica (Febrero de 1841) y regresó a París. Los resquemores de la aristocracia persistían contra él, estando ésta armada, por decirlo así, con el desdichado sable de

1 *Lettres choisies de Robert Schumann* (1827-1840); la de 18 Mayo 1840. Trad. francesa de Cremieux, París, 1909, Fislócher, editor, pág. 294.

2 *Ibid.* 20 Mayo 1840, pág. 295. De este viaje datan las primeras transcripciones de Liszt hechas sobre algunos *lieder* de Mendelssohn.

honor. Para rebajar a Liszt volvían a exaltar a Thalberg y aun a Döhler; Heine no temía prestar para este juego su más que sospechosa ironía¹. Fué preciso luchar de nuevo; y de nuevo volvió a triunfar Liszt: su nombre volvió a estar en todos los labios y su retrato en todos los escaparates.

Una *tournée* desgraciada por las provincias inglesas fracasó por falta de organización, y fué seguida por una estancia en Londres, la que no tuvo mejor suerte. También aquí algunas de las relaciones de Liszt inquietaron a la aristocracia, y para colmo de desdichas la condesa d'Agoult tuvo la mala idea de venir a buscarle a Londres. Este paso resultó dos veces desastroso, y en vez de apretar el lazo contribuyó a romperlo: primeramente, porque una amante se hace molesta y confiesa la debilidad de su dominio si ha de imponer su presencia para asegurarse de una fidelidad que la ausencia ya no le garantiza; el momento más desesperado de los naufragos es aquel en que se ven obligados, para no hundirse, a agarrarse a donde pueden. Además, las conveniencias sociales británicas se asustan de las situaciones irregulares cuando éstas se hacen visibles; la presencia de la condesa d'Agoult perjudicó el éxito de su amigo. Liszt tuvo así alguien a quien atribuir la culpa de su semifracaso: la amante se endosó el mal humor del virtuoso.

Sin embargo, después de un festival de música en Hamburgo (del 4 al 8 de Julio), y de un concierto dado en Kiel y una visita triunfal a Copenhague, se instaló nuestro artista durante el verano de 1841 con madame

1 Henri Heine, *De tout un peu* (París, 1867, Miguel Levy) en el artículo *Virtuoses de concert* (1837), pág. 300 y siguientes.

d'Agoult y sus hijos en la isla oblonga de Nonnenwerth, en el Rhin, a la altura de Rolandseck, entre Remagen y Bonn¹. Ocupaban las celdas de un antiguo convento del cual quedaba todavía una pequeña capilla. Desde hacía dos años, Liszt, después de haberse impregnado sucesivamente de ideología francesa, de naturaleza suiza y de arte italiano, acababa de ponerse otra vez en contacto con Alemania, que aun era la Alemania soñadora. Era Liszt de sensibilidad muy receptiva para no sentir profundamente, luego del tumultuoso romanticismo francés, el más tranquilo romanticismo alemán. Y, ¿dónde sentirlo con más abundancia y viveza que en aquella isleta del «padre Rhin», al pie de las colinas en las cuales se levantan las ruinas de los viejos castillos almenados, en medio de las aguas que murmuran el canto de la ninfa Loreley antes de ir a bañar la ciudad consagrada en donde nació Beethoven, y de ver como se refleja en sus ondas aquella gran catedral de Colonia cuya terminación se había acometido entonces con el fervor de una empresa nacional? Luego de aquellos viajes de artista interrumpidos por tantos sinsabores privados, la estancia en Nonnenwerth es para Liszt un oasis de descanso y de ensueño envuelto en poesía, lo cual equivale a decir, para él, envuelto en música; además, allí se empapa de literatura alemana, lee a Heine, a Goethe, a Schiller, a Uhland; en consecuencia, escribe coros de hombres sobre versos alemanes, compone melodías sobre poesías de Heine, le presta una voz deliciosa, lánguida, de seducción y de pasión un tanto artificial a la legendaria Loreley, a la que dibuja como lo hizo Steinle y pinta como lo haría luego Delacroix. Desde el romanticismo francés, he

1 A la isla volvieron durante los veranos de 1842 y 1843.

ahí a Liszt en ese hermoso paisaje del Rhin, inclinándose hacia el romanticismo alemán y orientándose ya hacia Weimar.

Su primera estancia en esta pequeña ciudad inmortal se verificó en Noviembre de 1841. Antes Weimar había tenido a Juan Sebastián Bach como maestro de capilla; más tarde, bajo el gobierno del gran duque Carlos Augusto, había tenido a Goethe, Schiller y Herder, que hicieron de ella el foco del genio alemán, precisamente en una época en que Alemania estaba en peligro de desaparecer merced a la tempestad napoleónica. Poco a poco se iniciará en Liszt (aclimatado en Alemania por Leipzig, Dresde y Nonnenwerth) el proyecto de ser a la vez un Bach y un Goethe para un Weimar nuevo, haciendo alrededor de la música en aquel centro privilegiado del pensamiento alemán, la concentración que los tres poetas de Carlos Augusto hicieron alrededor de la poesía. ¿No sería eso realizar el ensueño que bosquejó algunos años antes en sus *Consideraciones acerca de la situación de los artistas*? La corte de Weimar, gracias especialmente a la gran duquesa María Pawlowna (hermana del emperador Nicolás I de Rusia y madre de la futura emperatriz Augusta de Alemania) recibió entonces a Liszt de un modo tal, que el artista no pudo sino afirmarse en sus proyectos¹. Un nuevo paso por Leipzig (6 al 15 de Diciembre de 1841) y una temporada en Berlín, en donde dió veintiún conciertos (desde el 27 de Diciembre de 1841 hasta el 2 de Marzo de 1842), en

1 En cuanto a las relaciones de Liszt con la corte de Weimar, véase especialmente su correspondencia, tan interesante, con el gran duque Carlos Alejandro de Sajonia-Weimar. Leipzig, 1909, Breitkopf.

CAPILLA ALFONSO XIII
BIBLIOTECA DE ESTUDIOS

donde la corte le rodeó de honores excepcionales y en donde la prensa y el público rivalizaron en entusiasmo¹, eran bien a propósito para unirle cada día más con Alemania, en la que saludaba desde 1838 al «país de la sinfonía». Por Kænigsberg, cuya universidad le nombraba Doctor *honoris causa*, dirigióse a San Petersburgo; allí el público no le regateó aplausos, pero la corte se alarmó por sus amistades con Chopín y con Mickiewicz², y de sus simpatías polonesas. París y Nonnenwerth se repartieron los meses siguientes. Un nuevo viaje a Weimar le valió el ser nombrado director de orquesta de la corte (2 de Noviembre de 1842), en donde no debía ejercer sus funciones sino con intermitencias, empezando a primeros de 1844.

Al mismo tiempo y durante todo el año 1843, continuó su gran *tournee* europea, presentándose en Berlín, Breslau, Varsovia, Petersburgo, Moscou, Hamburgo,

1 En Berlín, Liszt, el mismo que más tarde había de vestir la sotana de abate católico, fué admitido como «compañero» en la logia masónica «Royal-York», que presidía el futuro emperador Guillermo I. En 1845 la logia «Modestia cum libertate», de Zurich, lo nombraba miembro honorario. En 1870 fué maestro de la logia «La Unión», de Budapest. Por lo que se refiere a la estancia de Liszt en Berlín, pueden verse, entre otros documentos, un humorístico libro anónimo: *Berlín unter Liszt oder Wertherin Leiden*. («Berlín bajo el dominio de Liszt, o la pasión de Werther»). Leigzip, 1842. A. F. Boehme.

2 Estaba todavía doliente el aniquilamiento de Polonia. Austria, Prusia y Rusia se habían repartido el territorio polonés en 1794. La insurrección patriótica de Noviembre de 1831 fué reprimida por Rusia de un modo violento, siendo tomada Varsovia después de encarnizada resistencia. A este hecho se refiere el famoso *Estudio XII*, de Chopin. Cuanto a Mickiewicz (1788-1855) es el poeta polonés a quien hicieron célebre sus obras llenas de sentimiento patriótico.—N. DEL T.

Munich, Augsburgo, Nuremberg, Stuttgart, Manheim, Heidelberg y Hechingen. Su estreno como director de orquesta en Weimar despertó viva curiosidad, y los primeros ensayos no le desorientaron menos a él que a los instrumentistas. Acostumbrado a manejar el dócil teclado, la orquesta le pareció al pronto una materia que a la vez le resistía y se le escapaba. Pero luego de un trabajo persistente con el que supo comunicar a sus colaboradores la llama de su genio, todo el mundo admiró, aun cuando al pronto produjesen alguna sorpresa, el color y la vida de sus interpretaciones.

Por Jena, Rudolfstadt, Erfurt, Gotha, Dresde, Bautzen, Bernburg, Stettin, Brunswick y Hannover, se dirigió a París para dar dos conciertos en el teatro de los Italianos los días 16 y 25 de Abril de 1844. En este momento es cuando se verificó su ruptura con la condesa d'Agoult. La leyenda quiere que Lola Montes¹, la favorita de Luis I, rey de Baviera, fuese la causa o pretexto de la ruptura, durante aquella *tournee* de Liszt². La condesa había reconquistado en París durante los años anteriores, si no su rango de antaño, por lo menos una especie de situación regular: empezaba a escribir y a interesarse en la política; formaba su salón; se convertía en «autora». De aquella ruptura se pudo dar bien cuenta el público

1 Bailarina de origen español, de la que se enamoró en 1846 el rey de Baviera, la nombró condesa de Lansfeld, y ésta influyó tanto en la vida nacional y en el ánimo del rey, que se promovieron disturbios en Munich y hubo de ser alejada de la corte en 1848.—N. DEL T.

2 Véase Edmund B. d' Auvergne, *Lola Montes, and adventures of the forties*.—Londres 1909, T. Werner Laurie.

La historia sucederá en este punto a la leyenda el día en que se publique la correspondencia de Liszt con la condesa d' Agoult.

cuando ella puso a su sonada aventura un epílogo literario que comienza la serie de que son sucesoras *Ella y El*, *Lucrezia Floriani*, y toda aquella literatura que sostiene bastante bien el término medio entre los libelos de escándalo de la Regencia y los libelos feministas de los últimos cincuenta años; aquel epílogo es *Nélida*, novela que se publicó en 1846 bajo el pseudónimo de *Daniel Stern* adoptado desde entonces por la condesa d' Agoult. En esta obra se presenta ella en escena con el nombre de Nélida de la Thieullaye, condesa Timoleón de Kervaëns, y a Liszt lo presenta bajo el del pintor Guermann Regnier; a éste lo traza hasta la página 146 como la más seductora encarnación del genio, y en dicha página se convierte de pronto en un simple vividor, hasta el día en que se eleva un poco, muriendo de remordimiento por haber engañado a su amante: «a buen entendedor...»¹. En resumen, *Nélida* es un libro malo, escrito con acritud vulgar.

No se podía imaginar requisitoria más severa que esta acusación en donde la heroína escritora, tanto por el cuidado demasiado visible que pone en favorecerse, como por la ostentación perpetua de una falta que quiere hacerse pasar continuamente por un sacrificio, nos in-

1 En 1844 la condesa d' Agoult se había reconocido con ira en la *Beatriz*, de Balzac, y había querido que Liszt exigiese explicaciones al novelista (véase «Janka Wohl», op. cit.) En 1846, por el contrario, Liszt afectaba no reconocerse en el héroe de *Nélida* y le preguntaba a Mme. d' Agoult: «Pero ¿por qué habéis maltratado al pobre Lehmann?» Lehmann es el célebre pintor retratista (1814-1882), discípulo de Ingres y amigo de Liszt. (Véase George Eliots *Life, as related in her letters and journal, arranged by her husband*. J. W. Cross. Edinburgh and London, 1885, Blackwood, 3 vol. T. I, pág. 346).

clina a pensar que ha debido merecer bien pronto la suerte de que se queja¹.

Libre de aquella cadena, de la cual, a decir verdad, se había preocupado muy poco, Liszt puso sus dos hijas en el pensionado de madame Bernard y a su hijo en el liceo Bonaparte, volviendo a continuar el curso de sus viajes artísticos. Sucesivamente le encontramos en Lyon, desde donde va a visitar al castellano de Saint-Point, el poeta Lamartine²; después le vemos en Marsella, Tolón, Nimes, Montpellier, Toulouse, Burdeos y Pau; aquí se encontró con la señorita de Saint-Cricq, convertida ahora en señora d' Artigaux, y este encuentro le debió de parecer dos veces más conmovedor luego de su ruptura con la condesa d' Agoult. En seguida recorrió Es-

1 Las relaciones posteriores de Liszt con la condesa d' Agoult fueron las siguientes: en 1855 parece que dejó sin contestación en Weimar una carta en que ella le suplicaba fuese a París para entenderse acerca de la educación de sus hijos. En 1861 y 1864 volvió a ver en París a *Daniel Stern*; en 1866, encontrándose de nuevo en París, y a pesar de las invitaciones, se abstuvo de presentarse en el salón de «Nélida»; le hizo una visita, probablemente borrascosa, porque a la princesa Wittgenstein le escribía Liszt: «No es abanicándose como se hacen las operaciones de cirugía.» (13 de Abril de 1866. T. III, pág. 111). En 1876 supo por los diarios la muerte de *Daniel Stern*, de quien hace a la princesa una oración fúnebre bastante seca: «A menos de ser hipócrita, no sabría llorarla ahora, luego de su muerte, como no la lloré en vida... Mme. d' Agoult tenía en grado eminente el gusto y aun la pasión de lo falso, excepto en ciertos momentos de éxtasis, cuyo recuerdo no ha podido sufrir más tarde.» (Carta, de 14 Marzo 1876. T. VII, pág. 131). Según otros habría mostrado su luto por «Nélida» encerrándose durante un mes en una celda. Véase Elbert Hubbard, *Little journeys to the home of great musicians*. (New-York, 1903).

2 Véase más adelante.—N. DEL T.

paña y Portugal, para encontrarse el año 1845 en Bonn, en la inauguración del monumento a Beethoven, erigido en parte a su costa. Liszt había compuesto una hermosa cantata en honor de Beethoven, y dirigió asimismo varios conciertos reservados a las obras del maestro. La ocasión era a propósito para triunfar él como compositor y director de orquesta ante un público internacional y selecto. Este triunfo le fué muy disputado: su interpretación de Beethoven no tuvo la fortuna de contentar a los «clásicos» y especialmente a Schlinder, que hacía aquí el papel de personaje indispensable¹; su cantata, admirada por unos², fué denigrada por otros que hubiesen preferido componerla ellos mismos; por último, Liszt, que practicaba el arte de la palabra con menos prestigios que el arte del piano, se hizo en el solemne banquete reo de un brindis sobradamente desdichado. La fiesta se acabó por una desbandada que fué para él una derrota; en aquel asunto mostró mucha generosidad, mucho entusiasmo y muy poco tacto; sus enemigos no le acusaron más que de charlatanería, y, por desgracia, esta fué la opinión que los concurrentes, al regresar a sus casas, esparcieron por Alemania, por Francia y por Inglaterra.

Cuanto a Liszt, después de haber entrado en contacto con Weimar en 1846, hizo una *tournée* por Austria y

1 *Mouche de coche*, dice literalmente el autor, empleando una locución equivalente a la castellana de *Don Preciso*.

Schindler (1795-1864), el amigo y biógrafo de Beethoven, a quien acompañó más en los últimos años de la vida de éste, resulta en definitiva el más autorizado de cuantos se ocuparon del gran maestro.—N DEL T.

2 Entre ellos Berlioz, quien alaba sobre todo la instrumentación, que era de Raff.

Hungría y por los principados danubianos, llegando hasta Odessa y Elisabethgrado. Los conciertos que dió en esta ciudad cierran la más radiante carrera de «virtuoso» que se haya visto jamás.

Sin duda que, de momento, los éxitos que obtenía le podían lisonjear, y aun parece que alguna vez le hayan hecho perder un poco la cabeza. Sin embargo, no le satisfacían. Primeramente, aquella existencia le imponía las más formidables fatigas; a menudo su secretario, el fiel Belloni, le precedía en la ciudad donde debía presentarse y formaba él mismo el programa; Liszt bajaba de la diligencia o de la silla de postas sin saber lo que había de tocar pocas horas después. Además, Liszt sentía dentro de sí un artista creador tanto más impaciente por demostrar su talento cuanto que menos la gente parecía propicia a reconocérselo. Ya en 1834 le escribía a Lamennais: «¿No llegará la hora de la abnegación y de la acción viril? ¿Estaré yo condenado sin remedio a este oficio de saltarín y de diversión de salones?»¹ Esa hora la esperó trece años. Sonó para él en el instante en que una mujer singular y eminente iba a influir sobre el resto de su vida de la manera más poderosa y fecunda.

1 *Cartas*, t. I, pág. 17.